

sabemos que el padre hizo testamento, algo inusual en clases humildes. Así pues, creció dentro de una familia que en el mejor de los casos no iría más allá de pertenecer a una muy baja nobleza, pero en ningún caso procedería de clase menesterosa.

Asimismo, cuando se haya de cumplir con el testamento de Cribel, éste determinaría que en su sepulcro figurasen sus armas. Como en el documento no las describe, hemos de dar por hecho que no tiene necesidad de hacerlo por ser un blasón suficientemente conocido por los testigos de la escritura. Este emblema heráldico consistía en un campo de plata sembrado de armiños con una faja de gules. El diseño viene a corroborar la procedencia bretona de don Enrique, toda vez que los armiños constituyen el blasón distintivo de Bretaña, incluyéndolo los linajes y ciudades de aquel país en sus respectivos escudos. Ahora bien ¿realmente sus familiares habían recibido legítimamente en su patria la posesión de tales armas, se las había concedido a él algún monarca castellano o el escudo es una arrogante invención de Cribel? Al igual que respecto al epitafio, podemos creer en mosén Enrique o por el contrario considerar que está fingiendo un pasado glorioso reflejado en la tenencia de blasón.

LLEGADA A CASTILLA: ¿COMPAÑÍAS BLANCAS?

¿Que es lo que le lleva a Castilla? Un caballero bretón que viviera en este reino a finales del siglo XIV difícilmente podría tener otra procedencia que no fuera las *compañías blancas* capitaneadas por el también bretón Beltrán Duguesclin para destronar al rey de Castilla Pedro I. Pero aún hay más: recordemos que Bretaña había sufrido una guerra civil en la que Juan de Monfort había derrotado en 1364 al ejército de Carlos de Blois, a cuyo servicio se halla Duguesclin. Ya hemos comprobado que los Cribel es una familia en decadencia, algo que puede deberse a haber militado en el bando perdedor de la contienda bretona. Cuando un año más tarde del fin de la guerra se emprenda el reclutamiento de las compañías, éstas supondrán una óptima alternativa para la búsqueda de fortuna a segundones y a todo tipo de aventureros. En las últimas semanas de 1365 las compañías, con un nutrido grupo de soldados bretones, cruzan el Rosellón y llegan a Barcelona, desde donde pronto se encaminan a través de Aragón al reino de Castilla. La actuación de los mercenarios, como bien se sabe, fue tan breve como decisiva, y tras la conquista de Sevilla (25 de mayo de 1366), Enrique de Trastámara despidió a gran parte de la tropa extranjera, reteniendo tan sólo a los soldados más eficaces.